



Juan C. Quintá

### Propulsor Szajnowicz: Edición 66.

mente deficitaria), al éxito artístico y popular se había unido el económico: 413.000 pesos de ganancia, y un equipo amplificador de un cuarto de millón de pesos —adquirido por la Municipalidad— totalmente pagado.

“Para la edición de este año —asegura Juan Szajnowicz, uno de los entusiastas organizadores— pensamos repetir el suceso, con el apoyo de toda la ciudad.” Una calculada lista de 41 conjuntos e intérpretes, y la expectativa de un público fiel, parecen cartas de triunfo para robustecer esa teoría. ♦

### Discos X

### Prólogo para el alud

Concerti Grossi, por Georg Philipp Telemann (Counterpoint Esoteric 5612 Estéreo)

La exhumación de su admirable *Pasión según San Marcos* (Primera Plana, número 127), por el director Kurt Redel, desarraigó a Telemann de un territorio polvoriento y olvidado: durante dos siglos, casi nadie reparó en el paciente monumento de su obra —superior en cantidad a las de Bach y Haendel juntos—, y el aluvión del romanticismo terminó de condenarlo al silencio. Los dos *Concerti Grossi* y la *Suite en do mayor* —cuyo quinto movimiento ha sido alabado como “uno de los más bellos trozos musicales de todo el siglo XVIII”— que el camerista Karl Ristenpart, al frente de la Orquesta del Sarre, ofrece ahora con justeza excepcional, no es más que un aperitivo del tesoro musical que comienza a espigarse en la actualidad: detrás de él, 40 óperas, 44 Pasiones, 33 oratorios y centenares de suites, esperan turno para un verdadero “alud Telemann” que ya prevén las grabadoras.

Como anticipo, esta placa es ya una precisa elección: también, para cualquier oyente, una gratificante experiencia. ♦

### Teatro

## Historia de un escocés asombroso

La pieza llegó a Broadway hace poco, pero no hay demasiados motivos para suponer que continúe mucho tiempo allí: el recibimiento tributado por los neoyorquinos a *Inadmissible Evidence*, la última obra del ex iracundo John Osborne, ha sido casi glacial. Exceptuando un milagro —como podría ser un acto de extrema galantería por parte del productor David Merrick— no parece que *Inadmissible* vaya a durar ni siquiera lo suficiente como para ser recordada en el futuro.

Sin embargo, varios de entre los críticos teatrales se empeñan en afirmar que el estreno de la pieza entrará en la historia: lamentablemente para Osborne, no por los méritos que se le adjudican al dramaturgo. En cambio, la figura que atrae sin pausas a los escasos espectadores, es la de un escocés rubio y desgarbado, que se flagela maniáticamente sobre el escenario: a los 28 años —y con varios meses de interpretación del mismo texto en Gran Bretaña, que lo llevaron a un total agotamiento nervioso—, Nicol Williamson no parece escarmentado sobre los riesgos de un excesiva entrega al temperamento.

“El asombroso escocés”, como ha comenzado a llamarlo el periodismo, lleva, por el contrario, esos excesos a su vida privada. Cuando el productor Merrick exigió cortes al libreto y terminó despidiendo a Anthony Page, el atribulado director (ante el fracaso de una gira de prueba a Filadelfia), Williamson se trabó en una discusión con él, que acabó con tres episodios concluyentes: un vaso de cerveza en la cara de Merrick, los puños del actor inmediatamente después en la misma zona y el reintegro de Page a la cabeza del elenco. “Tengo mal carácter —explicó Williamson para justificar—: soy una persona dominada por la violencia.”

### La obligación

Si no es así, por lo menos puede decirse que está dominado por la ansiedad: duerme poco, come velozmente y elige sólo papeles muy difíciles de componer “porque temo desperdiciar seis meses de mi vida”. Esa misma velocidad para vivir, es la que le permite no comer durante dos o tres días,

“hasta que recuerdo que no he comido y salgo a beber unos tragos, porque no me gusta comer con el estómago vacío”. Por las mismas razones, quizá, su heterodoxia sobre las escuelas de interpretación no admite límites: luego de despotricar extensamente contra los actores aferrados al sistema Stanislavski, arremetió también contra “el mal aliento de la actuación shakespeareana de la década del 30”.

Pero, en lo que respecta a sí mismo, no es menos exigente: “Mantener fresca la actuación de cada noche —confesó—, es un esfuerzo agotador: tengo que flagelarme para conseguirlo”. El seco y estricto John Osborne tampoco ha podido sustraerse a la ten-



Newswick

### Williamson (der.) y Osborne.

tación de definir al escocés, a pesar de que Williamson no hace casi otra cosa que definirse constantemente: “Es uno de los pocos y raros actores —conjeturó Osborne, hace pocos días— con presencia e instinto de ermitaño. Le sale a uno al paso desde un lugar desierto, y es moderno, aterrador, inflexible, apasionado, pleno de astucia”.

Aunque lo más probable es que todas las definiciones sean ociosas cuando este flaco gladiador se prepara para salir a la arena: “En ese momento —afirma— lo importante es pelear. Sam (se refiere a su amigo, Samuel Beckett) dice que no hay nada, nada que expresar: pero yo digo que tenemos la obligación de expresar”.

Aunque sean los improperios con que, en el mes pasado, Williamson azotó a los espectadores londinenses de la pieza de Osborne, acusándolos de obligarlo a extenuarse noche tras noche sobre el tablado, en procura de la huidiza perfección. Los neoyorquinos, obviamente, lo han dispensado de tales ejercicios de denostación, sin dejar de reconocer la empinada calidad del actor. ♦